rior al castellano del episodio que me ocupa, no he podido constatar, a pesar de las indagaciones más extensas y del estudio bibliográfico más riguroso, la existencia de ninguna. Es por esto, que he resuelto contribuir al conocimiento de la joya literaria, titulada *Savitrí*, virtiéndola directamente del sánskrito al castellano, y valiéndome para este trabajo, del MBh. edición de Bombay, del año 1877, y comparando mi traducción, antes de publicarla, con la edición latina de F. Bopp, que estaba a mi alcance.

C. M. Freundlich

Córdoba Setiembre de 1923.

Canto I

Rey de Madra (1) fué una vez el virtuoso
y justiciero Asvapati, (2)
cuyo mayor placer consistía en ver que
todos los seres gozaran de bienestar;
protección y obsequios brindaba gozoso,
y cumplidor era de sus promesas;
no descuidaba los holocaustos; de carácter paciente y piadoso, dominador de
sus sentidos,
activo y franco, era amado por los habitantes de ciudades y aldeas.
Mas, ay, no tenía hijos; y conforme
entraba en años,
su corazón se entristecía porque al hogar
la prole faltaba. (3)
Y para que ella le fuese concedida, se
sometió a severa disciplina. (4)
Poco comía y vivía, dominando sus
pasiones, con modestia,
dedicando cien mil holocaustos a la
Diosa Savitrí. (5)
Eliminó, por fin, cinco de las comidas
y se alimentaba sólo frugalmente
en la sexta (6).—Cuando tal abnegación
hubo practicado
durante dieciocho años, la Diosa quedó
contenta con él
y se mostró en persona al rey, emanando de la llama
del holocausto, y dijo, radiante de alegre satisfacción:
«Supiste refrenar tus pasiones y vivir
en castidad y pureza;
»amorosamente, por entero, te consagraste a mí.—Mi protegido serás.—
»¿Qué don pides de mí?—Que me lo digas, espero;
»de concedértelo he, si sigues fiel a tus
deberes».
El rey contestó: «Deseoso estoy de cumplirlos;
»hijos anhelo y dispuesto estoy, porque
ellos sean, a duros sucrificios.
»¡Oh, si tuviera hijos—muchos—apoyos
firmes de mi casa!
»Esta, si gracia quieres concederme, oh
Diosa, es mi súplica.
»Pues los sabios enseñan que el primordial deber es engendrar hijos».
Y la Diosa respondió: «Mucho ha que
conozco tu anhelo,
»y con el Padre de los Dioses (1) ya hablé
»por tu causa. Favor te quiere hacer y
pronto
»podrás alegrarte del nacimiento de una
preciosa hija.
»Mas, no te corresponde pedir otros hijos; dispuesto así
»lo ha nuestro Todopoderoso Padre, y
gustosa te traigo el mensaje».
Prometió el rey, lo que la Diosa de él
pedía;
tan sólo rogó: que pronto se realizara
la promesa.
Desapareció la Diosa y a su hogar volvió el rey;
justicieramente y con alegre espíritu
siguió gobernando su reino.
Después de algún tiempo, Malavi, del
rey la amada esposa,
dió a luz una hija de ojos de color de
loto,
y él cumplió con la niña los ritos sagrados. (2)
«Por la gracia de Savitrí, la benévola
Diosa, la niña nació;
»a la Diosa, el rey debe ofrecerla; por
esto también la hija,
»cual la Diosa, se llame Savitrí».—Tal
resolvieron el padre y los sacerdotes.
Y ella se desarrolló, como si la Diosa
de la Belleza (3)
ella misma fuese; llegó a la adolescencia y quien la veía,
de cuerpo esbelto, de caderas amplias,
a una estatua de oro
parecida, no podía dejar de creer que
veía una hija de los Dioses.
Mas, por esposa, nadie escogió a la de
los ojos de loto,
porque su brillo y esplendorosa dignidad intimidaba a todos.
Llegó un día de fiesta; ella habíase bañado la cabeza,
había visitado el templo, brindado su
holocausto, (4)
y solicitado, también, de los sacerdotes
la bienhechora bendición.
Enseguida, llevando flores consagradas,
la bella doncella fué
al encuentro de su padre, le dió las flores y abrazó sus pies,
apostándose después a su lado en forma
respetuosa.
Cual una Diosa bella, en plena flor de
su virginidad
se le presentó la hija—mas, aún no se
le había presentado pretendiente!
Triste estaba por ello el rey, y a Savitrí, dirigió la palabra:
«De casarte, es tiempo ahora; mas,
¿dónde está el que te pretende?
»Búscate tú sola un esposo, que te iguale
en virtudes.
»Cuando tú hallas hecho tu elección,
dime cuál has preferido,
»y yo veré si es digno, y te daré a él.
Sigue la inclinación de tu corazón.
»Lo que en otro tiempo los bracmanes, (1)
de los libros del derecho y del deber, (2)
»me leyeron, óyelo de mi boca, oh niña
encantadora:
»reconvención merece el padre que no
casa a su hija;
»reconvención merece el hombre que no
cumple su deber marital con la esposa;
»reconvención merece el hijo que no
proteje a la madre, después de la
muerte del padre».
»Ahora, que oíste mis palabras, vete a
buscar el marido,
»e impide que yo sufra la reconvención
de los Dioses».
A la hija y a los ancianos consejeros
dijo esto el rey,
y dispuso luego su séquito, apurando la
salida de la comitiva.
Sin titubear, Savitrí abrazó los pies de
su padre,
y vergonzosa salió del recinto, a cumplir, con filial obediencia, la orden.
De ancianos consejeros del rey acompañada, ella subió
a un coche dorado y fué a los encantadores bosques,
donde los piadosos de real estirpe, vivían, sometidos a severa disciplina.
Allí se inclinó a los pies de los dignos
ancianos, y así,
uno por uno, visitó todos los bosques
sagrados.
Tesoros repartió ella en cada uno de los
santos lugares
entre los piadosos. De esta manera hizo
su recorrido.

---

(1) Véase al final la nota nº 1
(2) » » » » » » 2
(3) » » » » » » 3
(4) » » » » » » 4
(5) » » » » » » 5
(6) » » » » » » 6

---

(1) Véase al final la nota nº 7
(2) » » » » » » 8
(3) » » » » » » 9
(4) » » » » » » 10

---

(1) Véase al final la nota Nº 11
(2) » » » » » » 12

(Seguirá en el número próximo).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica."